

¡VA POR VOSOTROS!

Eran las 8 en punto de la tarde, no eran las 5 en punto de la tarde, pero yo me sentía igual que un torero antes de salir a la plaza. En capilla. Vestida con mi traje sin luces y cubierta de sombras.

Sombras en mi alma y oscilantes sombras del anochecer que se iban introduciendo lentamente en aquel paisaje otoñal. Y allí estaba yo. Dispuesta. A las 8 de la tarde.

Hasta esa puerta recia que se encontraba ante mí, me habían llevado distintas corridas en diferentes plazas de pueblos diversos y ciudades extrañas, en las que, en su mayoría salí triunfante haciendo limpios pases, arriesgadas faenas y nobles estocadas llegando a conseguir un estilo propio, aunque no ausente de tropiezos y fallidos capotes. En este recorrido de mi profesión y hacer, yo, sólo estaba atenta a los ojos expectantes, bravos e inocentes del toro, ellos eran mi guía y objetivo. Poder dialogar con sus ojos, pues ambos, él y yo, estábamos en la misma faena y ambos aunque en bandos opuestos perseguíamos lo mismo: dar cada uno lo mejor de sí. Pero mientras me dejaba inundar por esos ojos e intentaba meterme en ellos para descubrir sus misterios, no comprendí el ESPECTÁCULO del que estaba formando parte, ignoré al público, pasando por alto su continua agitación de pañuelos blancos como señal de advertencia, tampoco presté atención al silencio de las gradas que al compás, y en aumento, formaban una gran ola arrasadora cual tsunami, ni siquiera le di importancia a los carteles de las Ferias Primaverales que destacaban con trazos grandes y gruesos los nombres de otros diestros, ocultando y silenciando el mío. Y aún más, cuando los cuernos de la camada empezaron a clavarse insistentemente en distintas partes de mi cuerpo, su dolor paradójicamente, provocó que mi esfuerzo y resistencia crecieran a un ritmo siniestro. Y así, así estaba yo. Y nada veía, ni a mí nada me importaba, excepto esos ojos que cada tarde eran distintos pero todas igual de importantes, ya que su mirada representaba siempre la nobleza del arte.

Llegué así, hasta allí, esa otra tarde, sin música para el paseíllo, sin cuadrilla para hacer la entrada y cegada de tanto mirar, o quizás ciega por no saber hacerlo. E hice mi entrada anti triunfal

en ese nuevo tendido, con el miedo pegado a las orejas y el coraje adherido a la esperanza. Entré y casi sin atreverme a mirar, miré a mi alrededor. Era una sala semiiluminada y básicamente amueblada. Una fría sala me recibía y descubrí, casi al instante y sorprendentemente, que allí no había público, ni barreras, ni burladeros para las autoridades, ni pitones... volví a mirar y vi que todos los que allí estaban eran toreros como yo, que llevaban en su traje las mismas sombras y entonces nada tuve que decir y nada tuve que hacer, su calor llegó anegando mi alma y abrazando mi piel herida, y su calidez, como la de las 5 en punto de una tarde de verano, iluminó la estancia dándole forma y contenido a las cosas.

Cuando ya pude recobrar fuerzas, fijé mis ojos en los ojos de todos y me encontré con sus: miradas cansadas o resucitadas, amorosas y sabias, miradas abiertas o paradas...pero en todas, en todos esos ojos desconocidos que me miraban por primera vez, en aquella sala, había algo en común, algo que me sobresaltó y reconocí al mismo tiempo; era la luz y el coraje de los supervivientes.

Desde ese día y a través de esa luz que me fue enfocando, paso a paso, esta nueva senda por la que ir, cada vez más ligera de peso y cada vez más acompañada, voy aprendiendo a reconocer en cada pisada la tierra por la que transcurro, respiro muy hondo y sin dejar de caminar, voy encontrándome con respuestas a algunas preguntas. Respuestas que ahora me empujan hacia delante, como una brisa que refresca el sudor de mi cansancio, respuestas que hacen que mis pies vayan ligeros y hacia otra meta, y mientras disfruto de los claros que se van abriendo en el firmamento, otras preguntas sin embargo, me atropellan sin cesar, preguntas derivadas de la confusión de un torero mutilado, un torero que desde su convalecencia no acaba de entender que en estos tiempos en los que se sufre por los daños causados a los animales, en los que se reivindica mediante perfectos slogans lo políticamente correcto y tiempos en los que, los grandes valores tienen un día en el calendario y precio en las instituciones, ese torero entonces, no deja de preguntarse ... ¿Por qué el temor a UNO es capaz de abortar la bondad de MUCHOS... ¿ Por qué los que actúan como rejoneadores ocupan puestos para actuar como supuestos regeneradores ... ¡Es curioso la similitud de estas dos palabras respecto a sus letras y

la disparidad respecto a su significado.. ¿ Por qué no interesa
REGENERAR... ¿ Quiénes tienen el deber de hacerlo...Tantas...
quedan aún sin respuesta... tantas... Y como dice el cantautor
¿Por qué parece tan imposible “jugar por jugar sin tener que morir
o matar “...?

Seguiré buscando.
Por vosotros
Compañeros,
Compañeras

Va por vosotros.

Amal